MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Beltrán
Héctor Javier

ALONSO YÁÑEZ
EL NUEVO SOL

Cuenta Héctor Javier Beltrán Salva, originario de Tijuana, que luego de cada ocasión que mantuvo relaciones sexuales sin protección se preguntaba solo en casa: "¿Piensas que vas a salir infectado? ¿Qué piensas que vas a ganar con esto?"

A sus 35 años, Beltrán Salva sufre ahora las consecuencias de un pasado lleno de drogas y promiscuidad. Aunque comenta que siempre creyó que se iba a contagiar de VIH, nunca esperó terminar padeciendo hepatitis C y tuberculosis, además de los problemas del hígado que lo aquejan causados por el exceso de alcohol y la medicina que toma.

Ahora, se desempeña como encargado de medicina en de la Casa Hogar Las Memorias. Aparte de llevar a sus compañeros al doctor, asearlos y cambiarlos cuando lo necesitan, desde hace dos meses está ayudando al enfermero a administrar la medicina a los pacientes. El único enfermero del lugar sólo le indica los medicamentos para cada paciente y sus horas de suministración, y él se encarga de ordenar la medicina en sus respectivos pastilleros.

"Ahorita estoy en lo de la medicina ayudando a otra gente que ha llegado como yo", dijo. "Hago cosas que nunca me han gustado, como cambiar un pañal cuando una persona se hace… Lo hago de corazón, no porque me manden. Lo hago porque me di cuenta cuando llegué, cómo los compañeros que andaban bien ayudaban a otros a bañarse o cambiarse. Todo eso se te mete en la cabeza. Ayudar a la casa me nace. Y todo lo que me pidan y que yo lo pueda hacer, lo voy a hacer con mucho gusto".

A pesar de estar contagiado de tres enfermedades que son incurables, Beltrán no ha dejado que esto lo deprima. Él, un hombre que mide aproximadamente 1.75 metros, llegó muy débil hace un año al albergue, pesando sólo 38 kilogramos. Luego de ver la manera en la que los pacientes eran cuidados en el albergue, fue recuperándose de su demacrado estado, sin duda ayudado por el apoyo moral de los demás compañeros.

"Nunca me fui para abajo", comentó. "Aquí los compañeros nos dan apoyo… Estoy aquí a gusto y quiero seguir ayudando en lo que pueda, pero sé que debo volver a hacer mi vida, compartir con mis amigos y volver a trabajar".

Desde que fue diagnosticado con VIH, Beltrán dice que no ha vuelto a tener relaciones sexuales con nadie. Antes, él vivía con su mujer e hija, de quienes se separó por estar metido en el tráfico de drogas. Cuenta que su mujer le reclamaba por estar vendiendo droga, hasta que una vez le dijo: "Un día no me vas a encontrar". Poco después, cuando regresó a casa una tarde, no encontró las pertenencias ni de su mujer ni de su pequeña hija.

Aunque dice estar enamorado actualmente de su amiga Teresa, sigue dudando si podrá mantener una relación con ella, ya que no sabe que él es seropositivo.

"No quisiera vivir solo los años que Dios me va a dar de vida", dijo.

A diferencia de su ex mujer, la familia de Beltrán nunca lo abandonó. Después de la muerte de su madre, hace dos años, los únicos familiares que le quedan son una tía y unos primos. Ellos siempre han ofrecido su apoyo económico y moral cuando lo necesita.

"Nada cambió con la familia", dijo sobre sus parientes. "Desde que estuve hospitalizado me fueron a visitar. Me ayudan económicamente y con ropa…Yo trato de no molestarlos tampoco, pero cuento con la ayuda de ellos".

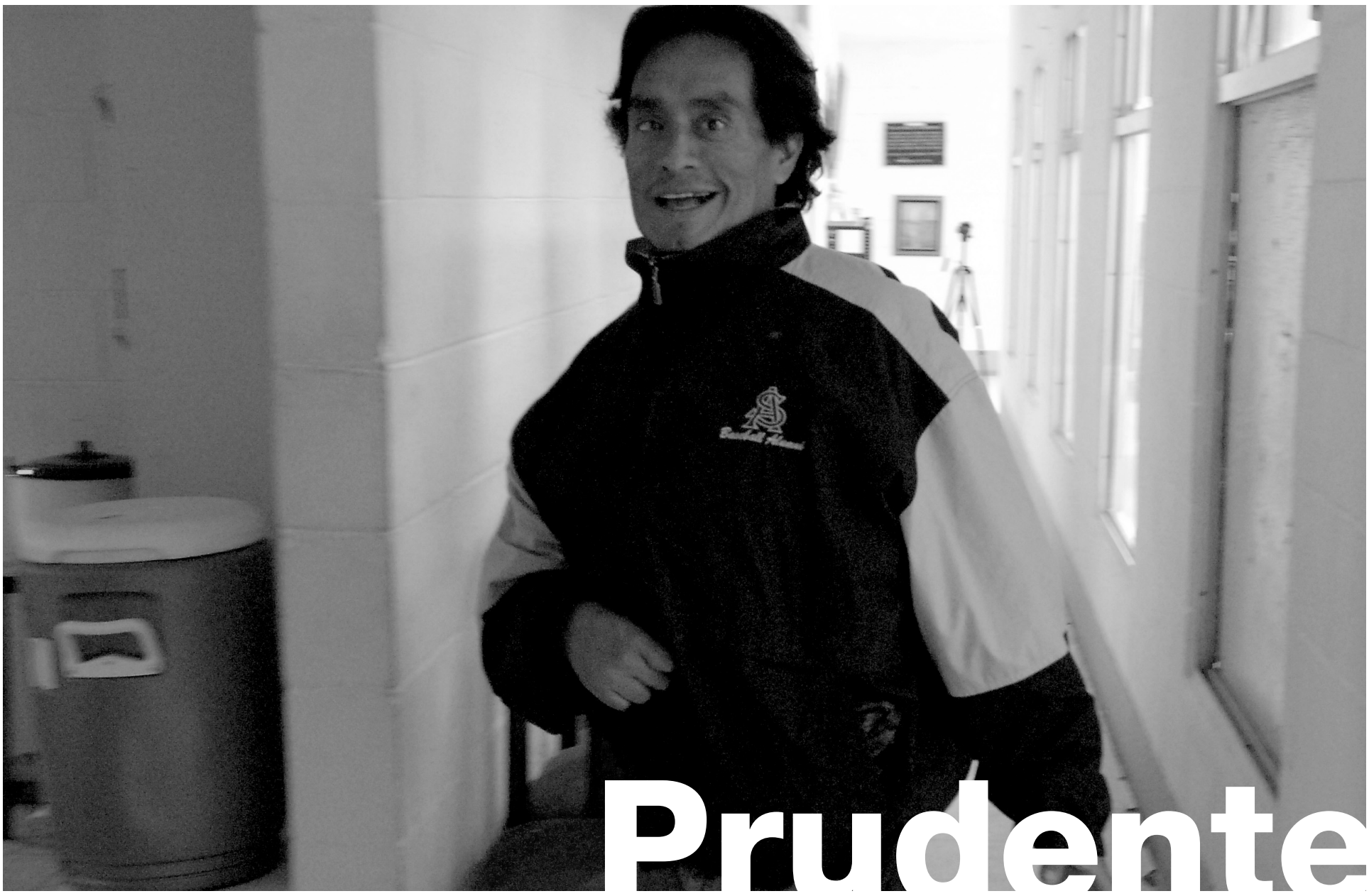
Hoy, mucho más maduro e informado sobre sus enfermedades, decidió cambiar de estilo de vida. Dejo atrás los bares, la cocaína y las prostitutas para poder vivir una vida de mejor calidad. Desde que se recuperó, ha ido un par de veces a las peleas de box con sus amigos, y ni se le antoja probar una de las cervezas que ellos toman.

"Trato de hacer mi vida normal otra vez y seguir adelante", dijo sobre esta nueva etapa. "Ellos están tomando cerveza y gracias a Dios no me ofrecen. No la tomaría. No me han dado ganas, no se me antoja. Eso es lo que yo quiero. Enfrentar retos. El decir, que primero está la salud. Eso es lo más importante".

Por ahora planea quedarse un tiempo más en el albergue, ayudando a sus compañeros. Este cinco de mayo va a haber una celebración en el albergue por los pacientes que cumplen años internados ahí. Beltrán celebrará su primer año en Las Memorias y dará su testimonio sobre lo que la casa le ha dado y como lo han tratado. Dejar el albergue es una meta cercana para él, que cree que es importante que los infectados de sida sepan que se puede ser seropositivo e igual salir adelante, aprovechando el tiempo que les queda.

"Aquí poco a poco vamos conociendo lo que es el amor", reflexionó. "Muchos de nosotros no tuvimos amor de padre o madre. Hay compañeros que se han hecho solos en la calle… Aquí he conocido amor y el apoyo de las personas".

"Muchos de nosotros no tuvimos amor de padre o madre. Hay compañeros que se han hecho solos en la calle… Aquí he conocido amor y el apoyo de las personas".



MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Prudente Alejandro

ADRIANA OLIVÁREZ
EL NUEVO SOL

Cuando Alejandro Crisanto Prudente llegó a la Casa Hogar Las Memorias, el médico le dijo que viviría un máximo de tres días. Hoy, después de cinco años, Prudente recuerda los amargos días después de saber que había adquirido el VIH.

Prudente, de 33 años, contrajo el VIH por medio de su pareja, quien por seis años le ocultó que era portador del virus. Prudente nunca pudo comprender cómo, después de tanto tiempo, su pareja le ocultó algo tan importante. Todavía recuerda ese día.

"Todo lo que él me dijo fue: 'I am sorry, I love you'", explicó Prudente, pero ese mismo amor casi lo lleva a la muerte.

La transición no fue fácil. Él recurría al alcohol para lidiar con sus problemas. "¿Por qué me infectó?", era una pregunta que continuamente le abrumaba. Su tendencia a tomar para olvidar su tristeza fue sólo el primer problema que surgió después del contagio, luego vinieron las infecciones, la pérdida de peso y una depresión muy fuerte. Prudente dice que al abandonar Los Ángeles, su deterioro tanto físico como emocional transcurría de la misma manera.

"El virus solo empezaba a terminar conmigo".

Sin preguntas, sin reproches y con la desilusión más grande de su vida, Prudente dejó a su pareja en Los Ángeles y viajó a Tijuana. Al llegar a esta ciudad, el virus ya en desarrollo lo dejó en coma por casi tres meses.

Durante estos tres meses que Prudente paso en coma, su madre estuvo con él, pero su condición física requería de una ayuda que sólo el hogar Las Memorias le podía brindar. Prudente volvió a vivir, pero su realidad fue mucho peor, pues al despertar del coma, toda la parte derecha de su cuerpo quedó inmóvil.

Su vida antes del virus era muy placentera. Prudente radicaba en Los Ángeles. Como estilista disfrutaba de sus clientes, hacía cortes, peinados y tintes, su carrera era muy satisfactoria. También vivía con la persona que dice es el amor de su vida. El mismo que lo infectó.

Su relación era seria, llevaban viviendo seis años juntos y Prudente describe a su ex pareja como un hombre bueno que nunca lo maltrató y siempre estuvo a su cuidado: "Él nunca me pegó, me hacía de comer, me lavaba mi ropa, siempre fue bueno". Esta fue su última relación, pues Prudente nunca pudo volver a enamorarse otra vez.

A diferencia de muchos de sus compañeros de la Casa Hogar, Prudente estaba muy familiarizado con el VIH, pues era voluntario educador de salud en la clínica Las Américas en Los Ángeles. Participaba en un programa que educaba a adolescentes sobre el peligro del sida y otras enfermedades de transmisión sexual. Por esta misma razón, siempre usaba condón con su pareja. Sin embargo, después de cinco años y de fomentar una relación estable y monógama, Prudente confió en la honestidad de su pareja y así fue como se infectó.

A pesar de que su ex pareja lo ha buscado, Prudente prefiere no volver a verlo nunca, no porque le guarde rencor, sino porque siente ya no ser el mismo.

"No es la vanidad, yo sé que nada sería igual, prefiero cerrar este capitulo de mi vida con los buenos momentos".

La recuperación física de Prudente ha sido lenta, pero la emocional, no. No es rechazado por su familia, como muchos enfermos, pero prefiere quedarse ahí, pues está eternamente agradecido, y parte de su agradecimiento consta en ayudar a otros de la misma manera en que se le ayudó a él.

"La Casa me ha dado muchísimas cosas, cuando llegué, mi vida era un infierno. Hoy estoy muy feliz", dice sonriendo y con un gesto de orgullo. "Aquí estoy encargado de la cocina, he vuelto a ser una persona muy útil, y con mi mano izquierda he aprendido a cocinar, estoy muy contento".

Prudente pasa la mayor parte de tiempo en la cocina, donde es el encargado de organizar y cocinar para los pacientes desayuno, comida y cena. Sus días se pasan rápido, pues siempre está ocupado con los preparativos. A pesar de sus dificultades físicas y el dolor que causó el engaño del amor de su vida, le sonríe a la vida.

Su amor a la música lo ha llevado ha aprender a tocar el piano con la mano izquierda, en donde piensa aprender a tocar uno de sus temas preferidos de Gloria Trevi.

Prudente no mira hacia atrás, su pasado no lo abruma. Él sólo mira hacia el futuro y con orgullo. Vive cada día con la intensidad de que puede ser el último, su salud física es tan estable como la mental.

"El amor también mata, pero la vida no deja de ser hermosa", finaliza.

"La Casa me ha dado muchísimas cosas, cuando llegué, mi vida era un infierno. Hoy estoy muy feliz".

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Castillo
Miguel Ángel

ALONDRA HERNÁNDEZ
EL NUEVO SOL

Conocer a Miguel Ángel Castillo es saber que es una persona con un carácter positivo que demuestra que el VIH no es un impedimento para intentar vivir una vida normal. A sus 33 años, Castillo es quizás una de las pocas personas en Casa Hogar Las Memorias que está casi listo para reintegrarse nuevamente a la sociedad.

"He llegado a aceptar que tengo un problema ya conmigo y no me lo voy a poder quitar. Ya está conmigo, vive conmigo, va conmigo a donde yo quiera, donde yo vaya, él va", dice Castillo. "Entonces, yo no reniego por eso, yo no me amargo la vida porque tengo VIH".

Castillo, originario de León, Guanajuato, ingresó por primera vez a Las Memorias hace cinco años después de haber sido diagnosticado con el VIH. Tenía un tiempo sintiéndose mal por lo que fue al médico en donde primero le diagnosticaron tuberculosis y le sugirieron que se hiciera una prueba del VIH. Al salir positivo, los médicos le platicaron sobre Las Memorias como una posible opción para recuperarse.

Cuando llegó al albergue, su situación era delicada. Castillo tenía que caminar con una andadera porque no podía pararse por sí mismo. La tuberculosis ya estaba avanzada y tuvo que estar bajo tratamiento por nueve meses, sin embargo poco a poco salió adelante.

"Es muy importante, yo pienso, (para) las personas que estamos afectadas por este problema, es muy importante el tener un espíritu de lucha, de decir, '¿sabes qué? Yo puedo, yo voy a salir adelante'", afirma Castillo.

Fue precisamente con esa actitud, la cual aprendió en el albergue: no se ha dejado vencer y cree que aún tiene un futuro por delante.

Castillo desconoce cómo contrajo el VIH, pero dice estar casi seguro que fue por medio de una relación sexual sin condón que tuvo con una mujer. Nunca pensó que ella fuese a estar infectada, ya que era una persona muy guapa, pero ahora dice que el físico de una persona no debe importar a la hora de usar un condón para tener relaciones sexuales.

"Si es una mujer que esté bonita o si es un hombre que esté bien guapo, no por eso no pueden ser portador [del VIH]", explica.
Sus descuidos fueron más allá de no usar condón al tener relaciones sexuales, a tal punto que llegó a consumir drogas intravenosas.

Castillo empezó a consumir drogas a los 15 años por causa de la desintegración de su familia. Sus padres se separaron y cuando su mamá se iba a trabajar, Castillo aprovechaba para salir a la calle en donde aprendió malos hábitos.

"A mí se me hizo más fácil andar en la calle, cotorreando, hacer lo que yo quisiera, vivir sin un control, hacer lo que me pareciera mejor, aunque ahora comprendo que fue un error", señala Castillo.

Para él, las drogas fueron una serie de experimentos hasta que, a los 20 años, conoció la heroína y fue entonces cuando se enganchó. Ahora, su lucha más grande es en contra de su adicción.

Aunque Castillo sienta que la desintegración de su familia lo haya llevado a vagar las calles, él no culpa a sus padres.

"Yo pienso que nadie tiene la culpa. La única persona que tiene la culpa soy yo, como persona, como responsable de mi vida, de mis actos, yo soy el culpable de que el día de ahora tenga este problema por vivir la vida que vivía, bien desordenada", dice Castillo.

A pesar de sus errores, Castillo ha tenido suerte, ya que cuenta con el apoyo de sus padres y de sus dos hijos, a quienes trata de visitar cada mes. A diferencia de otros pacientes, los que sienten el rechazo de sus seres queridos, Castillo no ha tenido que vivir momentos humillantes por ser portador del VIH. Ejemplo de ello es que hace un año tuvo una novia que estuvo dispuesta a establecer una relación con Castillo, e inclusive tener relaciones íntimas con él, aún sabiendo que tenía VIH.

Actualmente, Castillo intenta ayudar a su hijo de 15 años, quien hace poco ingresó al Centro de Integración y Recuperación para Alcohólicos y Drogadictos 3, para los menores. Castillo espera que antes de salir por tercera vez de Las Memorias, pueda encontrar la solución a su adicción para poder continuar con una vida normal con su familia, su trabajo y manteniéndose limpio de las drogas.

"A mí se me hizo más fácil andar en la calle, cotorreando, hacer lo que yo quisiera, vivir sin un control, hacer lo que me pareciera mejor aunque ahora comprendo que fue un error".

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Hernández
Carla

ANA CUBÍAS
EL NUEVO SOL

Un sinnúmero de cicatrices en su rostro y una mirada perdida y triste a la vez reflejan el constante dolor que Carla Hernández Macías siente todas las mañanas cuando se despierta. Los fuertes ataques de tos, acompañados de secreciones con sangre e intensos dolores de cabeza que muchas veces hacen perder la lucidez de la mente, se deben a la tuberculosis de primer grado que padece desde hace un mes.

Hernández, de 31 años de edad, tiene un mes desde que se volvió a reintegrar a la Casa Hogar Las Memorias puesto que abandonó el albergue debido a una recaída a su adicción por las drogas.

"No sé, a veces siento que no soporto la casa y me escapo, siento desesperación y me escapó", señaló Hernández.

Según Hernández, ella empezó a consumir marihuana y cristal por influencia de sus amigos desde que era una adolescente.

"Consumía marihuana", dijo Hernández. "A veces compartíamos el foco [bombilla o pipa en donde se fuma el cristal] y usaba la droga cristal con otra persona y eso te hace tener tuberculosis porque estás compartiendo, y esa otra persona le presta el foco a otra persona y te enfermas".

Sin embargo, Hernández nunca midió las consecuencias que le traería usar drogas de manera irresponsable y, bajo los efectos de ésta, decidió tener sexo con un hombre sin condón.

"Es que creí en un muchacho y el muchacho, por hacerme la maldad, me enfermó sin decirme nada", aseveró Hernández.

Sin saberlo, Hernández creó su propio calvario porque como resultado de este contacto sexual, ahora sufre de sida. Ella tenía alrededor de 25 años cuando se enteró que estaba contagiada y, a pesar de su estado, siguió consumiendo drogas.

Consumí drogas "para olvidarme de que tengo sida", expresó Hernández con lágrimas en los ojos. "Yo no sabía que él tenía sida, si no, no me hubiera metido con él", se lamentó Hernández.

Era tanta la adicción y la desesperación por conseguir drogas que Hernández llegó hasta prostituirse aún sabiendo que tenía sida.

"Sí me prostituí. Ya tenía sida cuando me prostituía, pero usaba condón", mencionó Hernández.

Hernández confesó que las personas con las que tenía relaciones sexuales las conocía por medio de un amigo, pero nunca les informó que ella era portadora del virus por temor a perder la clientela.

Antes de contraer la enfermedad, Hernández tuvo dos hijos. Alexis, su hijo mayor de 12 años y quien está bajo el ciudado de su tía, y una niña de quien desconoce su nombre porque se la quitaron desde que nació.

"Tengo un hijo, lo tiene mi tía. Tiene como 12 años, no me viene a ver porque no sabe que soy su mamá porque no quieren que sepa", apuntó Hernández. "Lo extraño mucho, claro que me dan ganas de verlo, pero no me dejan acercarme a él".

En lo que concierne a su hija, fue adoptada por una familia y ahora radica en Los Ángeles puesto que las autoridades de migración en San Diego se la quitaron mientras Hernández estaba buscando trabajo.

Hernández aseguró que la razón por la cual no la dejan estar cerca de sus hijos tiene que ver con su enfermedad y por la falta de información que existe sobre el sida en su casa.

"Mi mamá es una persona muy ignorante, que no sabe cómo tratar a una persona con sida", comentó Hernández.

Además, la familia de Hernández desconoce su paradero y únicamente su tía la llega a visitar de vez en cuando.

Las consecuencias de su enfermedad la han llevado a tener sudoraciones en las noches y a perder mucho peso, lo cual la hace deprimirse constantemente.

"Yo tengo años viva (con el sida), pero ahorita tengo unos bracitos bien flaquitos y me siento mal porque siento que ya me voy a morir", expresó Hernández con un nudo en la garganta.

Actualmente, Hernández se la pasa la mayoría de su tiempo postrada en una cama de Las Memorias donde añora a diario con que su familia la venga a visitar y sobre todo donde sueña con un día volver a ver a sus hijos.

"Yo tengo años viva (con el sida), pero ahorita tengo unos bracitos bien flaquitos y me siento mal porque siento que ya me voy a morir".

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Ramírez
Raúl

ALONSO YÁÑEZ
EL NUEVO SOL

Raúl Ramírez Rojas, de 37 años de edad, era otro caso más de una vida perdida, delinquiendo y prostituyéndose en las calles para poder financiar su adicción a la heroína y cristal. Fueron días grises, según cuenta, llenos de tristeza, dolor y frustración.

Pero tras recuperarse y dejar las drogas hace ocho años, logró estudiar en la Escuela de Enfermería de la Cruz Roja y se convirtió en uno de los pilares de La Casa Hogar Las Memorias en Tijuana, México. Hoy en día, su satisfacción no pasa por buscar la siguiente dosis de droga, sino por atender a los pacientes y ver cómo van recuperándose paulatinamente.

Actualmente, Ramírez es el único enfermero en el albergue, atendiendo aproximadamente a 30 pacientes, y trabajando en lo que él considera su vocación. Una vocación que no hubiera encontrado si es que no se hubiese internado en el programa de rehabilitación ofrecido en el Centro de Integración para Enfermos de Alcoholismo y Drogadicción (CIRAD). Fue ahí donde empezó su trabajo con enfermos y toxicómanos.

"En la actualidad, llevo ocho años sin drogas y perteneciendo a CIRAD, que me becó para estudiar", comentó Ramírez. "Quizás no estudié medicina porque no tenía la preparatoria, pero estoy satisfecho con la enfermería porque tiene un amplio campo de trabajo dentro de la salud".

Luego de recuperarse de su propia adicción, Ramírez fue becado por CIRAD para estudiar enfermería, llegando poco después al hospicio para brindar su apoyo. Ahora, él considera que el panorama se le ha abierto en varios aspectos del sentido profesional, permitiéndole tener una mayor comprensión de diversas enfermedades, sus tratamientos y prevenciones. No obstante, Ramírez cree que principalmente creció en el sentido humano, ya que acompañar a los pacientes y darles una atención de primera lo hacen muy feliz, hasta el punto que describe su trabajo como un "despertar espiritual".

"Sentí algo muy profundo al atender a una persona o ver que llegaron con un cuadro clínico agudo y hoy en día esta parándose de su cama y caminan, o tienen un servicio en la cocina", comentó hace poco. "Esto es gran satisfacción para mí y digo Dios existe".

Sin embargo, su arduo trabajo no es fácil ni remunerado. Tijuana es uno de los focos de una epidemia que afecta al mundo desde hace décadas. Estudios recientes señalan que Tijuana, por ser una ciudad fronteriza con altos índices de drogadicción y prostitución, tiene un índice de contagio tres veces más alto que el del resto de México. Según lo que Raúl dijo hace poco en una entrevista, en Baja California las drogas intravenosas y la promiscuidad hacen que haya una epidemia de tuberculosis pulmonar, hepatitis C y sida.

"Tijuana es una ciudad endémica", comentó.

La idea de estudiar enfermería surgió después de una fuerte experiencia que tuvo cuando estaba transportando a un paciente de sida al hospital general. El paciente, que presentaba un cuadro agudo de neumonía, insuficiencia renal y diabetes descompensada, murió en el camino.

Había descubierto su vocación. Ahora dice que a pesar de que él sabe que en el futuro probablemente trabajará en otro lugar donde reciba remuneración, igual continuará su compromiso con el albergue, ayudando a pacientes de VIH y sida.

"Nosotros no escogimos la carrera de enfermería. La carrera nos escogió a nosotros", dijo.

El problema de la epidemia, según él, pasa por el aspecto preventivo. Aunque los pacientes de estas enfermedades reciben medicina gratuita por el Seguro Popular, es mucho mejor promover el uso del condón, la rehabilitación de drogas y, en caso que la persona no quiera rehabilitarse, la educación sobre el uso adecuado de la jeringa, informándolos sobre cómo desinfectarla y utilizarla.

Aunque la titánica batalla contra la epidemia pasa por muchos aspectos, como el educativo e higiénico, Ramírez sabe que el aspecto psicológico es vital para recuperarse. Por eso, es un enfermero apreciado por los pacientes, ya que estos reciben constantes palabras de apoyo e información sobre su enfermedad. Según él, la higiene, nutrición, palabras de apoyo, educación van aunados con el tratamiento con medicinas.

Además, su labor social no tiene fronteras. Después de terminar la carrera, piensa seguir una especialidad. Actualmente, se inclina por el momento por la enfermería quirúrgica o la especialización de cuidados intensivos. Luego, piensa aceptar una invitación de una amiga para ir a África a trabajar con pacientes de VIH, y ofrecer su valiosa experiencia para combatir la epidemia en dicho continente.

"Nosotros no escogimos la carrera de enfermería. La carrera nos escogió a nosotros".

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Palma José Joaquín

ANA CUBÍAS
EL NUEVO SOL

José Joaquín Palma examina cuidadosamente los trazos y los colores de una muñeca dibujada en un pedazo de papel, con el objetivo de reproducir el mismo diseño hecho con pedacitos de lana en un cuadro. La tarea es ardua pero a la vez satisfactoria para la vida que Palma lleva en la Casa Hogar Las Memorias desde hace cinco años.

Las horas y los días que le dedica a bordar sus cuadros lo hacen olvidar que es portador del VIH sida desde hace siete años.

"Me gusta hacerlos (los cuadros) porque al ver que ya van dando la forma ya mis pensamientos y mi autoestima sube porque empiezo a pensar que sí valgo, que sé desempeñar algo que es bonito", afirma.

Palma llegó al albergue cuando conoció a José Antonio Granillo, director del lugar, en un centro de rehabilitación llamado Rompiendo Cadenas donde se estaba recuperando de su adicción al alcohol y de la tuberculosis. Él cree que contrajo el sida por haber tenido relaciones sexuales con mujeres y hombres bajo el efecto del alcohol y sin protección.

Sin embargo, Palma no culpa a nadie por su enfermedad. Al contrario, él asegura que se metía con cualquier persona sin importarle las consecuencias de sus actos. Algunas de las repercusiones de sus actos fueron tener sexo sin protección lo que lo llevó a contraer sida y engendrar hijos no deseados.

"Si tengo [hijos], pero la verdad le voy a decir que no sé donde están. Están regados", dice Palma. "Es que no fui responsable. nada más tuve relaciones y sólo los conozco de vista".

Desafortunadamente, el alcohol arrastró a Palma a tal grado que llegó a perder su trabajo de mecánico y asegura que él podía pasar hasta un mes tomando sin parar.

"Estuve hasta el punto donde no valía ni un centavo. Yo estuve arrastrado, tirado en la calle en la basura", comentó Palma.

Palma fue diagnosticado con el virus del sida en 1999 en el hospital general de México, pero cuenta que antes de esto a él le detectaron cáncer en la sangre en Estados Unidos mientras vivía en San Diego. A pesar de esto, Palma asegura que nunca tomó en serio ese diagnóstico y continuó viviendo su vida dominado por el alcohol.

Durante los dos años que radicó en San Diego, Palma se dedicó a sacarle provecho a su oficio de mecánico ya que ahí tenía más ingresos.

"Ahí (en San Diego) trabajé, sólo que ahí me hundí más en el alcohol porque ganaba más dinero", dice. "Todo el dinero me lo gastaba en alcohol y mujeres".

Él no tuvo la fortuna de crecer con sus padres puesto que a muy temprana edad lo dieron en adopción a una señora que radicaba en Tonalá, Jalisco.

"La verdad no sé (porque empecé a tomar), me gustó el alcohol y me llevó a arrastrarme", afirma Palma. "No me arrepiento de haber sido alcohólico, porque para que buscar culpables ya lo hice, ya lo bueno que le doy gracias a Dios es que estoy vivo, que todavía puedo ser alguien en la vida ya que Dios todavía no me ha llevado y tengo que [valorar] el momento que estoy viviendo ahorita acá en el Albergue Las Memorias".

Hoy, Palma vive en Las Memorias donde aparte de hacer los cuadros bordados, oficio que aprendió por medio de su madre adoptiva, es el encargado de la mecánica y de despertar a todos los pacientes del albergue por las mañanas.

Uno de los objetivos más grandes de Palma es poder salir del albergue y ayudar a los minusválidos, ya que afirma que luego de ver un programa acerca de personas con impedimentos físicos desempeñando actividades normales se motivó a levantarse de la cama de los aislados cuando recién acaba de llegar a Las Memorias.

"Yo estaba tirado ahí en el cuarto de aislados y ahí dilate ocho meses y mire un programa donde estaban los paralíticos con las computadoras uno escribiendo con el pie y otro con la boca y otro que iba manejando un (carro) y yo que tengo mis dos manos y mis dos pies estar tirado en una cama parece que no va y por eso es que me he levantado de volada", comenta Palma. "Para arriba no hay que pensar en lo negativo, uno vale más".

Palma tiene mucho optimismo y dice no tenerle miedo al sida y mientras siga en el albergue continuará desempeñando sus actividades hasta el momento en el que él pueda ayudar a otros.

"La enfermedad no me va a vencer y ya dije que no me va a vencer y voy a salir adelante", dice Palma. "Esa es mi meta ahorita: hacerme de un carrito e ir a apoyar a los inválidos no sé si en Baja California o a ver que puedo sacar adelante".

"La enfermedad no me va a vencer y ya dije que no me va a vencer y voy a salir adelante".

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Arroyo
Jorge Antonio

ALONSO YÁÑEZ
EL NUEVO SOL

A pesar de no tener sida, Jorge Antonio Arroyo Duarte, de 40 años, vive actualmente en el albergue Las Memorias. Originario de Tijuana, vivió una vida con muchos tropiezos, que le ha costado seres queridos, estabilidad económica y su salud. Ahora sufre de tuberculosis y dolores fuertes en la garganta, producto de una larga adicción a las drogas y el alcohol. Inicialmente fue llevado al albergue porque tenía todos los síntomas de un seropositivo, pero luego de hacerse los análisis supo que tenía tuberculosis y no VIH.

"Me volvió a dar otra oportunidad Dios", dijo sobre su llegada al hospicio. "De verdad me sentía que no la iba a hacer. Del centro donde me trajeron, allá dure dos días, y de ahí [el director de Las Memorias José Antonio] Granillo me trajo para acá, y dijo 'Miren, aquí traigo a Toño. Ya le andaban los zopilotes arriba'".

Arroyo empezó en las drogas a los 15 años, inyectándose heroína. Su adicción a esa droga duro aproximadamente 20 años, durante los cuales llegó a compartir agujas con otros adictos.

"Inclusive me metí heroína con sangre de otras personas", dijo Arroyo. "La jeringa a veces tenía residuos de sangre, pero era más la 'malilla' [los efectos de la abstinencia] de la droga".

Aunque siempre luchó por rehabilitarse, no pudo hacerlo hasta que perdió a su primo, Víctor Meza, un día en el que se excedieron con el alcohol, el cristal y la heroína.

"Nos agarró la policía como a las cinco de la tarde", recapituló Arroyo. "A las diez de la noche nos metieron a la celda. Nos anduvieron paseando, pero para eso nos golpearon. Como a las seis de la mañana murió mi primo a un lado de mí… Fueron cinco horas que pasaron paseándonos, o sea, investigando, preguntado, y [dando] cachetadas y sopapos y golpes bajos".

Los policías que los detuvieron, quizás por sentirse un poco culpables, llevaron a Arroyo hasta su colonia y le dieron en forma de consuelo 70 pesos para otra dosis de droga. Al llegar a la casa de los familiares, estos no parecieron muy sorprendidos al escuchar la trágica noticia, conociendo el nivel de adicción de los dos.

"Como que no lo tomaron muy a fondo por como andábamos" dijo Arroyo sobre el incidente. "Ya sabían que un momento u otro íbamos a quedar por ahí".

Después de la muerte de su primo, a quien recuerda por ser como "uña y mugre" con él, Arroyo se dedicó a drogarse por tres semanas. Usó el fallecimiento de su primo como excusa para continuar en su vicio, pero al despertar cada mañana sobrio, se ponía a reflexionar sobre la dirección que había tomado su vida.

Luego de dejar la heroína y el cristal, Arroyo se recuperó en todos los aspectos de su vida. Pudo alquilar un lugar propio, comprar una camioneta y encontró una mujer a quien quería mucho. Con ella iba a tener un hijo, pero el niño falleció durante el parto. Después de ese triste evento, él no encontró otro consuelo más que el alcohol.

"Allí empecé a tomar", recuerda Arroyo. "Terminé con el alcohol de 96 grados rebajado con agua. Ese alcohol que te echas para las heridas. Dejé todo y me fui hasta abajo. Pienso que de ahí vino lo de los ganglios, de tanto quemarme con el alcohol".

En el punto más bajo de su alcoholismo, Arroyo estaba consumiendo por lo menos seis botellas de 250 mililitros de alcohol de 96 grados diariamente. Llegó a tal punto su adicción que tenía que dormir con un vaso de alcohol diluido al lado de la cama. Como consecuencia de su alcoholismo, perdió su trabajo y su mujer.

"Lo bueno de que tomé alcohol es estar aquí", reflexionó Arroyo. "Para mí es una suerte estar en este lugar. Me siento afortunado de estar aquí y conocer todo el movimiento, todo lo que hace posible este lugar".

Cuenta Arroyo que lo que más le impresionó del albergue fue la manera atenta y comprensiva con la trataban a todos los pacientes, haciendo que se enamore del lugar.

Ahora han pasado más de dos meses desde que Arroyo llegó al hospicio, y él siente que su compromiso con el albergue es cada vez mayor. Aparte de barrer, trapear y ayudar a los pacientes a bañarse o cambiarse, quiere aprender del enfermero otros conocimientos que pueda aplicar en Las Memorias.

"Mis planes son seguir apoyando este lugar en lo que pueda", comentó. "Inclusive me he estado metiendo con el de enfermería, a estorbarle para que me enseñe a poner sueros, cómo poner sondas para orinar. Pienso estar [un] rato aquí".

Hoy, Arroyo es más reflexivo y servicial. La etapa antigua de su vida, en la que hasta se prostituyó con gente del mismo sexo y sin protección, para financiar su siguiente dosis, ha quedado atrás. A pesar de haber sufrido las consecuencias de sus adicciones, él siente que la actual es una nueva persona.

"Espero que les sirva de algo lo que hemos pasado nosotros para que no lo pasen", concluyó Arroyo. "Que les sirva como experiencia al momento de probar las drogas… Pero también [sepan que] aquí en Tijuana hay un lugar que les tiende la mano, que muchas veces en la calle no lo encuentra uno, ni con su familia. Aquí está este lugar Las Memorias".

"Inclusive me metí heroína con sangre de otras personas. La jeringa a veces tenía residuos de sangre, pero era más la 'malilla' [los efectos de la abstinencia] de la droga".

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

Rodríguez
María Guadalupe

ADOLFO FLORES
EL NUEVO SOL

MOISÉS REYES / *EL NUEVO SOL*

María Guadalupe Rodríguez González, de 21 años, se dio cuenta que era seropositiva cuando su hija, poco después de nacer, fue diagnosticada con VIH. Al principio, no aceptaba que ella misma fuera seropositiva.

"No aceptaba que me hubiera pasado a mí".

Pero después, llegó a aceptar su enfermedad y creer que Dios hace las cosas por alguna razón. No fue ella la única que no aceptó la enfermedad inicialmente, sino que su madre también al principio no lo podía creer. Su madre ha sido una ayuda muy grande para ella, aceptando la responsabilidad de su hija, ya que no puede cuidarla ahora.

Debido a que era seropositiva, la hija de Rodríguez era más propensa a enfermarse. Antes de que supieran que Evelyn era portadora del VIH, Rodríguez fue a comprar una medicina para ella. En el camino, se enfermó y no pudo recoger a su hija. Su madre fue entonces a recoger a Evelyn. Cuando llegó, el doctor le dijo que la niña tenía VIH y le preguntó si todavía la aceptaba.

"Es mi nieta, qué me importa lo que tenga", le respondió la madre de Rodríguez.

Rodríguez es la menor de siete hermanos. Sus hermanas viven en Tijuana y cree que su hermano vive en Texas. Es originaria de Pénjamo, Guanajuato, pero se mudó a Tijuana con su familia a los dos años de edad, por lo que puede considerarse tijuanense.

No está segura cómo se contagió del VIH, pero piensa que fue por haber tenido relaciones sexuales sin usar condón. No sabe si fue su pareja u otra persona. El padre de sus hijas también es seropositivo, pero él no quiere ver a un doctor. Dice que cuando llegue su tiempo de morir, ese será su tiempo.

Después de aceptar que era seropositiva, Rodríguez se deprimió. Mientras vivía en casa, ella se la pasaba en la cama todo el día, sólo salía para ir al doctor. La muerte de su tercer hijo, combinada con su enfermedad, la dejaron demasiado débil psicológicamente.

Un día, se dio cuenta que tenía que seguir adelante por sus dos hijas. Ellas fueron las que la levantaron de su depresión.

Sorprendentemente, no se le hizo difícil decirles a sus amistades que tenía VIH. Un día fue con un amigo y le dijo que le tenía que decir algo. Las lágrimas empezaron a bañar sus mejillas cuando empezó a decirle que era seropositiva. Cuando acabó, su amigo le dijo que no fuera tonta, que nada más porque tenía VIH no la iba a rechazar.

Rodríguez ha experimentado el rechazo varia veces, sin embargo. Dice que hasta los doctores, aunque sean educados, actúan con mucha ignorancia porque cuando la tocan, lo hacen con precaución y evitan tocarla lo más que pueden. Se le hace irónico, porque siendo personas tan educadas, de todos modos actúan con ignorancia.

Aunque ya sabía del sida antes de contagiarse, Rodríguez cree que debe haber más educación sobre el VIH, en las escuelas especialmente. Recuerda que en la escuela no tuvo mucha educación sobre el tema, pero ha notado que poco a poco las escuelas están educando más a la juventud sobre el VIH.

El albergue Las Memorias es su casa por el momento; tiene casi un mes ahí. Dice que vivir ahí es como tener una segunda familia, ya que todos se cuidan uno al otro. La terapia para ellos es charlar. La charla los hace sentirse mejor y los ayuda cuando se deprimen.

Ella también tiene tuberculosis, ya que es mucho más propensa a contraer otras enfermedades. Toma medicinas retrovirales, las cuales tienen efectos secundarios que la dejan débil y con nauseas.

Rodríguez dice que sigue viviendo por sus hijas, Evelyn y Blanca, las cuales son, literalmente, la luz de su vida.